

Revista Cruz del Sur

2012

Año II

Número 3

ISSN: **2250-4478**

<http://www.revistacruzdelosur.com.ar>

Ensayos
Notas y
Comentarios

La “Belle Epoque”

por

Hugo José Garavelli

La idea de la “Belle Epoque”, alude al período de la historia de occidente que comprende entre 1880, cuando Francia se había recuperado totalmente de la desdichada guerra franco prusiana de 1870 y 1871, y el comienzo de la terrible Primera Guerra Mundial, que se inicia entre el 28 de julio y 4 de agosto de 1914.

Gran parte de esa época, coincide con el final de la era victoriana inglesa, iniciada en 1837, y finalizada en 1901, con el fallecimiento de la reina. En 1889, París ya tenía su Torre Eiffel, pues se había realizado la Feria Mundial que le dio origen, y el mundo vivía la hora más gloriosa de los valores de la Ilustración, de la burguesía y las clases medias.

Y aunque podemos verificar que en 1871 se inician también las ideas nacionalistas que van preanunciando los movimientos totalitarios modernos, el mundo no parecía estar aun preparada para ellos. Así aquel famoso general George Boulanger, que hacia 1889, planeaba un golpe de estado que instauraría un profascismo en Francia, fracasó lastimosamente, y, al menos tendría un final romántico: se suicidó en Bruselas, ante la tumba de su mujer amada.

Claro está que luego de la terrible guerra, la situación cambió de tal modo que, de haber vivido, quizás la hora le hubiese llegado a ese general, y algo antes que a sus triunfantes sucesores: Lenin y Stalin, Mussolini, Hitler, etc...

Se podía viajar sin pasaporte, los viajes de tercera clase eran baratos, no existían –salvo en Inglaterra- los impuestos a los réditos, y esos valores parecían extenderse por todo el planeta. Podía decidirse hoy un viaje al extranjero, y partirse en dos días. No eran necesarios los documentos de identidad, y puedo asegurar que una persona podía pasar toda su vida prescindiendo de ellos. Fue el caso, por ejemplo, de mi abuela quien falleció a los 96 años en 1952, y que jamás los tuvo, habiendo llegado de Italia en 1894. Mi propia madre, tampoco los necesitó cuando obtuvo en 1928 un nombramiento de maestra en Catamarca.

Existía un mundo de monedas confiables, que se basaban en sus garantías en oro, y no en fluctuantes confianzas de futuras ganancias muy parecidas a las que entonces ofrecía Montecarlo, un “lugar de perdición” como se dice que pensaba Su Majestad la Reina Victoria, que hacía tapar la ventanilla con las cortinas, si viajaba en tren por la Costa Azul, para no verlo.

Los hombres emprendedores, con ganas de trabajar, podían prosperar y actuar por cuenta propia. No era necesario ser corrupto para poder triunfar en la vida. No tenían el temor de que las oficinas de impuestos a los réditos o ganancias les inquiriesen de

donde habían obtenido el dinero, ni que ex empleados con el debido asesoramiento les quitasen sus bienes para compartirlos, y si se tomaba a una persona para cuidar a un anciano inválido, no existía el peligro de que los herederos fuesen despojados por un abogado, que buscase compartir con ella sus bienes, ni que se les acusase de “lavar dinero” si operaban con efectivo.

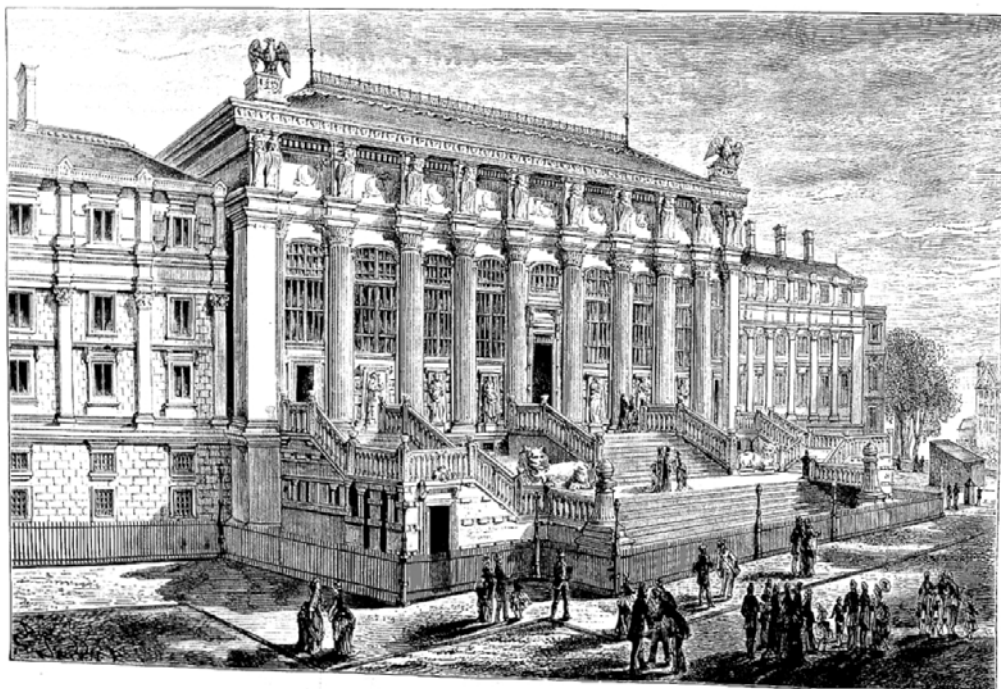
El impuesto a los réditos se inició en Estados Unidos en 1913, y se debió hacer una reforma constitucional para implantarlo, aunque existía ya en Gran Bretaña, pero afectaba a una parte mínima de la población.

No se nos trataba como sospechosos de delincuentes narcotraficantes si emprendíamos un viaje al extranjero, el Estado no se metía en la vida privada, pese a que sí lo hacía en la faz sexual, aun en Inglaterra y otros países, dentro de lo que se consideraba una patología, y así era entonces. Parecía que el Estado solo se hacía presente cuando despachábamos o recibíamos alguna carta, o actuaba la aduana en las fronteras.

Era un mundo de grandes, pequeñas y medianas empresas en coexistencia y no en abierta destrucción entre ellas, con peces grandes que se comen a los chicos, y la formación de grandes monopolios, que procuraron siempre la protección del estado, y así fueron terminando con los beneficios que esa época proporcionaba.

París era la capital de ese mundo, y el francés era la “*lingua franca*” universal.

El inglés estaba en segundo lugar: la primera era lengua de cultura, de diplomacia y aún de comercio, la segunda, solo lengua de mercaderes.



Nueva fachada del Palacio de Justicia de Paris.¹

El colonialismo parecía llevar los mejores valores de nuestra civilización a todos los lugares del planeta. Al menos, eso creían muchos, y muy descaminados quizás no estaban, cuando hemos

¹ El Viagero Ilustrado, año III, 30 de enero de 1880, n° 2. Barcelona, imprenta de Luis Tasso, página 8. Edición digitalizada por la Universidad de Sevilla: <http://fama2.us.es/fde/ocr/2007/viajeroilustrado1880A03N03.pdf>

visto que la “descolonización”, hoy un dogma sagrado, ha llevado a muchos pueblos a ser gobernados por tiranías corruptas y a vivir a veces en largas guerras civiles.

Se podía ahorrar durante treinta años, y retirarse a una vida cómoda aunque sin lujos, por el resto de la existencia. La Seguridad Social era para grupos más modestos, y comenzaba a implementarse, de mano de algunos idealistas que, sin embargo, sabían tener los pies sobre la tierra. La propiedad privada, y los contratos, se respetaban, y el estado no intervenía en ellos.

La condición de las clases trabajadoras tendía a mejorar, gracias a la acción del socialismo. Muchos inmigrantes llegaban aún a nuestras costas, en busca de una vida mejor. En nuestro país, Argentina, ya se perfilaba una iglesia preocupada por el bienestar de las clases trabajadoras: monseñor Miguel de Andrea, Obispo de Temnos, iniciaba esa corriente, dejaba una obra perdurable, y obtenía el rechazo de los sectores tradicionales adictos al autoritarismo, que intrigaron en la corte papal para que no fuese Arzobispo de Buenos Aires, en 1923.

En Europa Central, Viena brillaba casi como París, con sus salones donde duques y archiduques, duquesas y archiduquesas bailaban los vales de Strauss, y sus teatros representaban alegres operetas. También allí un médico llamado Sigmund Freud, formado en el brillante París, comenzaba a elaborar audaces doctrinas acerca de un lado oculto de la mente, capaz de llevar al hombre sin que su

voluntad se interpusiese, a los peores abismos del mal, cosa que socialmente hablando sucedería años después, en terribles catástrofes incubadas durante tan hermosos días.

París, se nos presenta bajo un imaginario que ya está fijado en nuestras mentes, sin que veamos otros valores. Era no solo la capital cultural de Europa, sino también la ciudad de las mas locas diversiones, la ciudad luz, que nunca dormía, pues sus cabarets funcionaban durante toda la noche, y bajo ese aspecto era el prostíbulo elegante, la Babilonia de Europa, la ciudad del pecado para muchos moralistas. En ese imaginario, el cancan, conocido desde 1840 y durante el Segundo Imperio, ocupa un destacado lugar.

No podemos dejar de imaginar, como se puede ver en algunas películas como *“Moulin Rouge”* (1952) o *“French can can”* (1954) de Renoir, una noche en el cabaret más famoso de aquellos tiempos, con un espectáculo de cancan, que incluye la famosa música de Offenbach, el compositor de moda de entonces, en donde luego podemos recordar también al famoso pintor e integrante de la noble familia de los Toulouse-Lautrec. Una persona desdichadamente deforme por lo corto de sus piernas, que podría estar sentado en sus mesas y manteniendo su cuerpo, no entre alegres burbujas de champan, sino que entre los muy nocivos vapores de aquel licor verde, el mítico Pernod con que entre nosotros se emborrachará “la barra de la esquina”, aquel ajenco al

que se pide “la fuerza de olvidar”, parte también de nuestra mitología tanguera, iniciada entre nosotros en esa época. Y mientras se lo permita el infernal licor, dibujará lo que ve. Y sus dibujos serán como los blancos dientes del perro muerto, que motivaron el elogio de Jesús, ante las expresiones de repugnancia de sus discípulos, según la tradición islámica² pues sorprenden por su maestría y por ser muestras de un exquisito arte. El propietario le pidió que dibujase unos carteles de propaganda. Poco después, y por cierto tiempo, París se cubriría de ellos, se convertirían en un elemento más del imaginario del París de la “*belle époque*”, y hoy si se vendiese un original, valdría una fortuna.

Seguramente, se verían muchos de esos carteles en los costados de los bellos quiosquitos donde se vendían diarios y golosinas, que adornaban los famosos bulevares que durante el Segundo Imperio había hecho trazar el intendente Hausman, y que unían diversos puntos de la ciudad que pese a la mala fama que tenía entre los puritanos de Nueva Inglaterra, era un modelo de buen gusto y elegancia. Y pronto, al inaugurarse “*le Metro*” se verían sus estaciones, con sus artísticamente retorcidos hierros, en una muestra del más típico “*art Nouveau*”.

París no dormía, no solo por sus cabarets, pues, tampoco lo hacían Pierre Curie y la estudiante polaca María Sklodowskaia, que en un garage prestado por la Sorbona, trataban de descubrir el

² Más exactamente, nos ha sido transmitido por el mundo del Islam, en un “hadiz” de Malik ibn Dinar.

secreto de la radioactividad, y sentaban las bases de la actual física nuclear, mientras que los hermanos Lumière inventaban el cine. Allí París era la dorada Jerusalem del saber, como dice Le Goff³, que atraía a los estudiosos de todos los países del mundo, aunque algunos norteamericanos, embebidos en las ideas del puritanismo que fundó su país, preferían que sus hijos se perfeccionaran en sus estudios en Inglaterra, o en otro país que surgía y se prestigiaba en Europa y el mundo: Alemania.

Y ese prestigio, ese crecimiento que desafiaba economías ya establecidas, fue quizás la principal causa de la terrible tragedia que en 1914 acabaría con esa época. Y Berlín era su capital, con su famosa Universidad, aunque las había en muchas otras ciudades, ciudad que impresionaba a todos como la más moderna, organizada y limpia de entonces.

Quien a ella llegase, quedaría admirado de sus anchas calles y avenidas, bordeadas de imponentes edificios, y suntuosos palacios. Vería un tránsito muy intenso, de carruajes, carros que llevaban toda clase de productos, a veces tranvías eléctricos, un movimiento que pese a todo, según narra nuestro Nicolás Repetto en sus memorias⁴ era muy ordenado, y dirigido por majestuosos policías, a los que todos obedecían matemáticamente, como cosa absolutamente normal. De pronto, se podría escuchar una banda

³ LE GOFF, JACQUES *“Los intelectuales en la Edad Media”*. Gedisa, Barcelona, 1996. Traducción de Alberto L. Bixio.

⁴ REPETTO, Nicolás *“Mi paso por la Medicina”*. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1955, 1958.

que quizás tocase la “Marcha de Radetzki”, u otras. El policía, con gran precisión cortaba el transito, que se detenía instantáneamente. Y allí se vería un desfile militar. Un oficial, a caballo, seguido de una pequeña banda, y no mas de 30 o 40 soldados, se dirigía, al palacio de Su Majestad, el “*Kaiser*”, a cumplir un turno de guardia. Y ese espectáculo era cosa normal en la ciudad. Sus uniformes eran azules, y el sol hacía brillar los agudos picos de sus cascos. Apenas pasaba el último soldado, el policía al instante daba paso al tránsito que continuaba como antes, en el más perfecto orden. Por eso, Berlín era también un desfile, como el que se realizaba a diario en el cambio de guardia del palacio del Kaiser.

Era por todos elogiada la extraordinaria y rigurosa higiene y el orden de los hospitales, en donde se practicaban los últimos conocimientos de la ciencia médica, que se estaba convirtiendo allí en una de las primeras del mundo.

**TARJETA POSTAL BERLIN (ALEMANIA). DESFILE (ZEUGHAUS-
AUFZIEHEN DER SCHLOSSWACHE). AÑO 1895.**



Roma era el gran museo de Europa, ciudad cuya venerable, pero también decrepita antigüedad a floraba por todas partes.

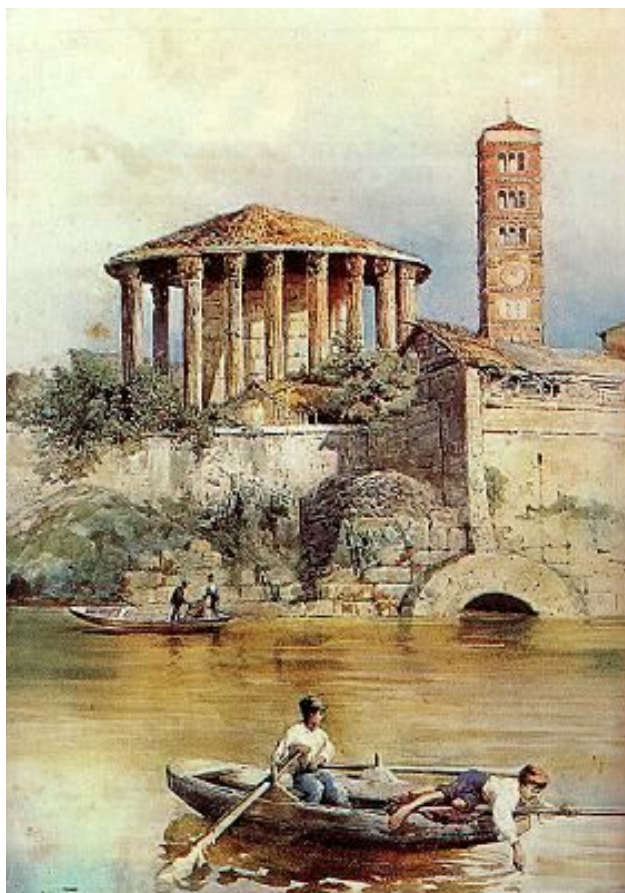
Sus calles estrechas e intrincadas parecían descuidadas. De pared a pared, había cuerdas en las que la ropa se ponía, a secar en plena calle.

Algunos niños desarrapados jugaban en ellas, junto con algunos hombres y mujeres, gesticulantes y vociferantes. Esas calles estaban bordeadas de antiguos edificios, otrora imponentes palacios, pero ya entonces convertidos casi en tugurios colectivos.



Vía Rúa por Roesler Franz ⁵

⁵ <http://www.fatima.org.pe/seccion-verarticulo-208.html>, donde puede leerse el siguiente comentario: “Esta acuarela de Ettore Roesler Franz, de la Via Rúa (Roma), refleja una sana alegría popular y organicidad de vida, provenientes de una estructura político-social inspirada en la institución familiar”.

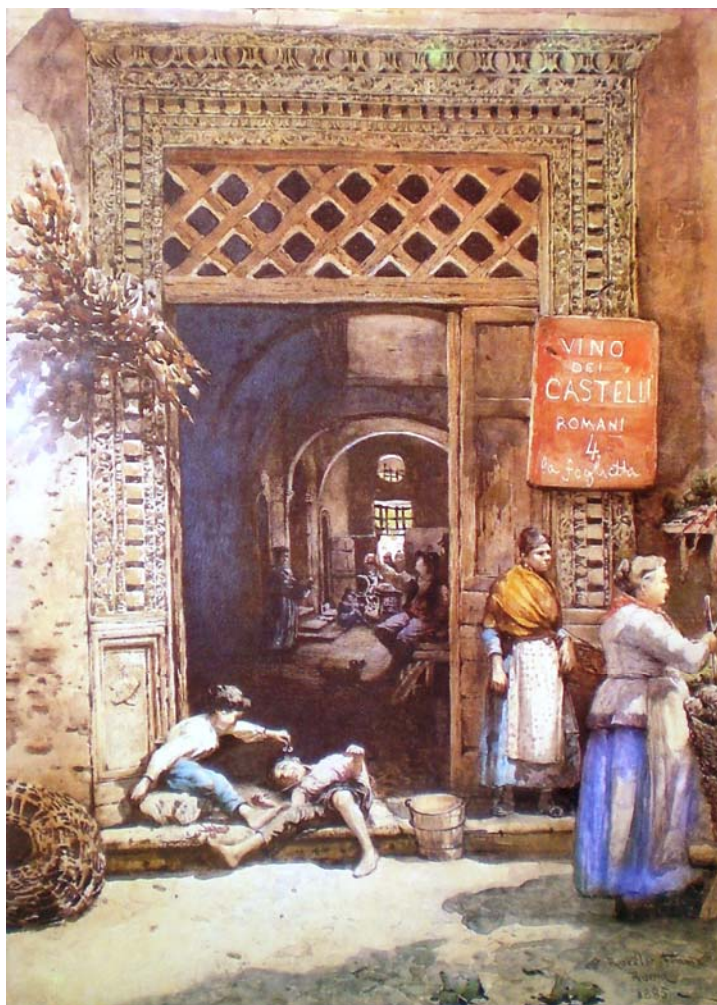


Roma. Templo de Vesta por E. Roesler Franz ⁶

Sus imponentes puertas de madera, que aun conservaban hermosas tallas, parecían descascararse por efectos del tiempo, como los revoques de sus paredes, a veces alguna tenía como adorno una verdadera obra de arte, descuidada, amenazando ruina,

⁶ <http://roma.andreapollett.com/S6/roma2erfe.htm>

y que seguramente sería en algún momento rescatada por algún anticuario y llevada a un museo.



Ingreso alla casa de Castellani ⁷

⁷

<http://www.iloveroma.it/articoli/ERF58-CaseCastellani.htm>;
<http://www.iloveroma.it/ERF-CaseTorri/58.JPG>

Algunos de estos otrora palacios de los nobles y dignatarios de la Iglesia, tenían sus entradas, antes majestuosas, convertidas en verdulerías o almacenes de vinos, los casi transparentes y suaves vinos de “i castelli romani” y aceites. Y esto no era todo. De tanto en tanto aparecían terrenos llenos de imponentes ruinas, mudos testimonios de una pasada y extraordinaria grandeza, de grandes templos, grandiosos edificios de los que quedaban enormes columnas, a menudo rotas y derribadas.



E. Roesler Franz

Museo di Roma

La iglesia de San Saba por E. Roesler Franz.

Antiguísimo templo cristiano de principios del siglo VII – Roma.⁸

⁸ <http://serena-ilsuospazio.blogspot.com.ar/2011/02/roma-sparita-e-roesler-franz-20.html>

Presentaba al viajero innumerables iglesias, algunas de tan venerable y decrépita antigüedad como el resto de lo que se podía contemplar.

No había entonces mucho tránsito en general: los carruajes, los carros y a veces algunos jinetes de caballos, mulas o asnos circulaban sin gran traba por la ciudad.



Fontana de Trevi – Roma

Y podían verse numerosas fuentes de agua, verdaderas obras de arte, de a veces desconocidos artistas de otras épocas, y que quizá

el mundo no volvería a tener. La de Trevi, quizás no tiene otra igual en el mundo.

Adosada a un antiguo palacio, un gran grupo escultórico representa, un imponente Neptuno, rodeado de divinidades y alegorías marinas. El conjunto, sobrecogía por la majestad y belleza que aun posee, aun en medio de ese ambiente decadente y ruinoso. Y a veces, cuando uno menos se lo esperaba, podía toparse con alguna a veces arruinada estatua de algún héroe o dios pagano.

Mucho sorprendía la cantidad de curas, frailes y monjas que circulaban por las calles. Estos últimos representaban la más completa colección de hábitos de órdenes religiosas del mundo. El sayal franciscano, se juntaba con el hábito blanco y la capa negra del dominico, y el hábito del benedictino. Los jesuitas no eran desde ya reconocibles, pues vestían como cualquier cura, pero se sabía de su gran presencia.

Las campanas de las iglesias, tocaban a cada hora las diversas oraciones del culto. Al caer la tarde, y a los toques de las campanas, algunos musitaban la oración: *“Angelus domini nuntiavit Mariae. Et concepit de Spiritu Sancto. Ave Maria, gratia plena, dominus tecum...Et verbo caro factum est, et habitavit inter nobis, plenum gratiae et veritatis”*.

Al norte y al oriente, San Petersburgo, podía asombrar al viajero, con sus calles cubiertas de nieve, con un sol que salía a las 11 de la mañana y se ponía casi a las 3 de la tarde, y en junio y el

verano, con sus noches aun iluminados por el resplandor de la luz solar, a las 2 de la mañana en el espectáculo de sus “noches blancas”. Por esas calles cubiertas de nieve, circulaban numerosos trineos tirados por caballos, había también un transito de carros y carruajes no tan grande como el que se podía contemplar en otras ciudades. La gente, hoy hubiese motivado grandes protestas de “Greenpeace”, y de los ecologistas, pues vestía abrigos y gorros de piel, cosa justificada por el intenso frío.



Tarjeta postal de San Petersburgo – Rusia ⁹

⁹ <http://www.todocoleccion.net/tarjeta-postal-san-petersburgo-n-18-rusia-x24618455>

Quizás el viajero que contemplase esta ciudad, que parecía a veces una verdadera Versailles del frío Norte, no podría pensar que con el derrumbe de la época, simbólicamente, llamas como de un infierno parecerían brotar de todas partes, y una ola de sangre y terror lo cubrirá todo. Y el viajero debía también llegar mas al oriente, y al sur, a la vieja Moscú, la ciudad santa, de innumerables iglesias, a menudo, de cúpulas doradas, que brillaban a la luz del sol y que a menudo proporcionaban un pintoresco y extraordinario espectáculo, casi diría de tipo folclórico: una gran procesión religiosa.

Llevada por unos monaguillos recubiertos de blancas túnicas, la encabezaba una cruz, acompañada de dos portadores de candeleros con tres velas, y dos turiferarios, que arrojaban incienso. Seguían extraños sacerdotes barbudos, y de largas cabelleras con sus vistosos ornamentos ceremoniales, de varios colores, blancos, dorados, rojos, verdes. Una anchísima estola colgaba en medio de su cuerpo, llevaban capas y coronas, y alguno un gran libro de los Santos Evangelios, decorado con un retrato en el centro, el de Nuestro Señor Jesucristo, y cuatro mas pequeños en las esquinas, los de los Evangelistas, otras cruces en la mano, con las que bendecían al pueblo. Luego seguían muchos vestidos con sotanas sin botones y anchas mangas, y unos gorros cilíndricos negros, de los que salía una amplia capa negra, llevando una vela encendida, e

innumerables estandartes, con sus portadores que tenían pintadas figuras hieráticas. La tradición de origen común nos haría reconocer a la de Nuestro Señor Jesucristo, pero su imagen era solemne, y plena de una majestad, como gobernando el mundo, y que con una mano parecía bendecirnos. Aparecía luego, evidentemente la Santísima Virgen sola o con el Niño. Seguían innumerables santos, siempre en esa actitud hierática, y pintados con tonos dorados, con inscripciones en letras cirílicas e innumerables hombres y mujeres, llevando cada uno una vela encendida. Las mujeres de todas las edades, desde las jóvenes hasta alguna encorvada viejecita, tenían la cabeza cubierta con pañuelos de todos los colores, anudado en el mentón.

Todos formaban además un coro impresionante, que entonaba himnos religiosos, que parecían elevarse hacia el cielo, al que acompañaban los repiques de las innumerables campanas de todas las iglesias de la ciudad.

Y París, iluminada por el gas, con sus policías de gorra cilíndrica, que veían tolerantes salir a los caballeros ingleses de frac, semi borrachos de los lugares de diversión nocturna, parecía contraponerse a la gran ciudad, entonces la mayor en tamaño, y la mas poblada de todo aquel mundo, ubicada del otro lado del Canal, Londres.

Era, en nuestro imaginario entonces, misteriosa y siniestra, con sus farolitos de gas que apenas penetraban sus neblinas, y con

misteriosos asesinos como *Jack de Ripper* al acecho de alguna prostituta en Whitechapel, en medio de mansiones y castillos poblados de fantasmas, y con numerosos pequeños cementerios al lado de las iglesias, siempre rodeados de verjas, que quizás sugiriesen que de noche, los fantasmas saldrían de sus tumbas para asustar a los vivos.



Jack the Ripper caminando al acecho por Whitechapel

Y en la ficción a Sherlock Holmes tratando de solucionar misterios, y transportándose por esas calles en los típicos coches llamados “Hansom” por el nombre de su inventor, esos carruajes

pequeños tirados por un caballo, y con el cochero en la parte de atrás.



Un policía encuentra a una de las víctimas de “Jack the Ripper”¹⁰

De noche, en esas calles misteriosas, recorridas por un típico policía llevando un farol, y que tal vez tropezaría con la víctima de un misterioso crimen, quizás nos harían sobrecoger, como a los concurrentes de la fiesta del príncipe Prospero las campanadas del gran Big Ben, marcando las horas, al igual que aquel reloj del

¹⁰ The Illustrated Police News, 6 oct. 1888, acerca del hallazgo del cadáver de Catherine Eddowes en Mitre Square, el 30 de septiembre 1888.

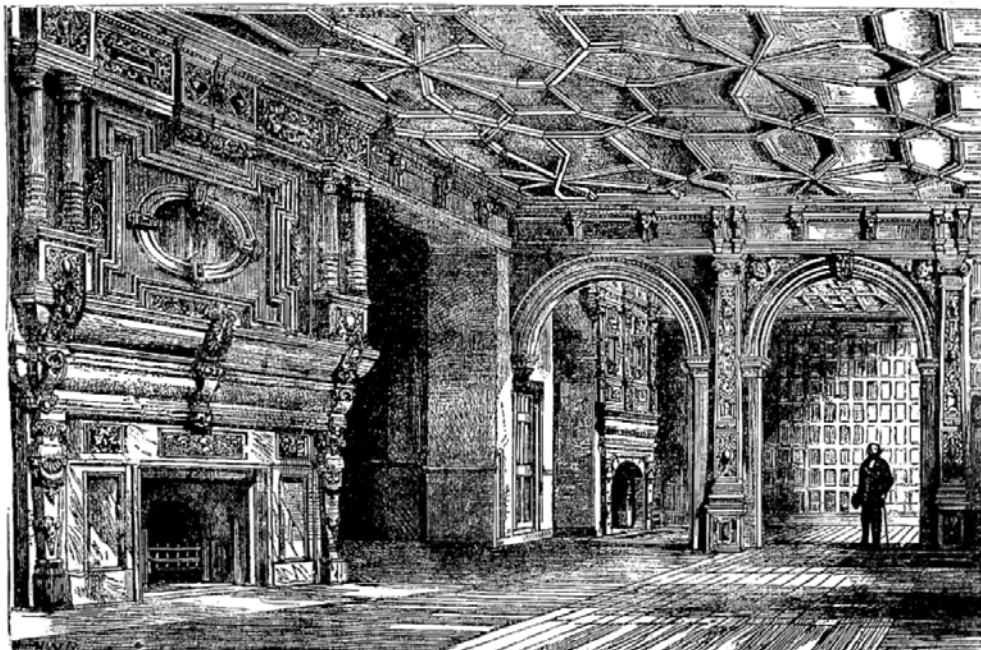
cuarto negro, con vidrios de color rojo, que todos evitaban, del notable cuento “La máscara de la muerte roja”.



Una típica vista del tránsito de carruajes “Hamson” en el centro de Londres.

Y ese Londres, el de la represión y la hipocresía victoriana, ese Londres de fantasmas y crímenes misteriosos era el de Oscar Wilde y su maravilloso cinismo, buscando lo morboso y lo siniestro en materia de placeres, por lo cual terminó en la cárcel de Reading.

PRECIOSIDADES ARQUITECTÓNICAS DE LONDRES



SALON DE UNA ANTIGUA CASA EN DEMOLICION

Interior de una casa vieja en la calle de Lime –Londres-¹¹

¹¹ **Viagero Ilustrado N° 9 del 15 de mayo de 1880**, página 14: PRECIOSIDADES ARQUITECTÓNICAS DE LONDRES INTERIOR DE UNA CASA VIEJA EN LA CALLE DE LIME (CAL) Maitland dice en su *Historia de Londres* que en la calle de Lime había antiguamente un palacio llamado *El Artrice del Rey* y muchos nobles tenían en esta calle su morada, entre los cuales cita los Verchs, condes de Oxford, los Zouches, los Nevills y los Burlays, y es muy probable que aquella manzana de casas constituyera la residencia de una u otra de esas nobles familias. Quizás alguna formaría parte de un palacio real. Sea como quiera, es un hecho curioso la existencia en medio de la City (ciudad) de un grupo de casas, de doce ó catorce habitaciones, todas las cuales se hallan casi en la misma condición en que se dejaron en tiempo de Carlos I, conservando sus antiguos artesonados, entrepaños, chimeneas, puertas, etc. La más bella de estas habitaciones es la que presentamos en nuestro grabado, de la casa n° 47, que perteneció últimamente á los Sres. W. KEAVE y Co.", comerciantes de vinos, los que cuidaron mucho de que los trabajos de tallado y ultrapaños no se estropearan. Desgraciadamente, pasado su arrendamiento, fue á manos de compañías de pescaderos y carpinteros, que vendieron los bellos tallados, las chimeneas, etc., pieza por pieza, reservando sólo algunas para su propio uso: <http://fama2.us.es/fde/ocr/2007/viajeroIlustrado1880A03N09.pdf>



Tarjeta postal con la famosa imagen de la reina Victoria, tomada por el fotógrafo Alexander Bassano. En National Portrait Gallery ¹²

¹² <http://www.npg.org.uk/collections/search/portrait.php?mkey=mw119710>

Era la capital del mundo económico, y allí en la Bolsa, caballeros de frac, galera y bastón, compraban y vendían para sus clientes acciones de empresas de los cinco continentes, y prolijos, serios y ceremoniosos empleados anotaban en grandes pizarrones, con tiza, las cotizaciones, que a menudo bajaban y subían en medio de murmullos de admiración, aunque siempre muy controlados y discretos. Ese lugar, parecía a muchos, el centro vital de esa ciudad.

Pero París era dionisíaca y vital, y veo en mi imaginación al Moulin Rouge, con su platea convertida en confitería de lujo, con mesas en las cuales elegantes damas con sombreros de plumas, caballeros de frac, y brillantes uniformes militares, con grandes bigotes disfrutaban del espectáculo mientras nos parece, en nuestra imaginación, escuchar el alegre descorchar de las botellas de Champagne, llevado en baldes con hielo por mozos muy bien vestidos pero con su delantal blanco.

Pues no puede ser otra la bebida, también un símbolo de la “*Belle Epoque*” y necesaria parte de su imaginario, aunque ya era conocida desde hacía unos doscientos años. Bebida que luego pasará al imaginario del tango, como símbolo de lujo, y de míticas “farras” donde se pierden para siempre las otrora muchachitas puras del arrabal, corrompidas por los magnates del centro, convertidas en “flor de lujo y de placeres” y que “darían toda su alma, por vestirse de percal”.



Jean Béraud – Columna Morris – París ¹³

En Inglaterra, se lo conocía y bebía ciertamente, pero no lo vemos servido en los elegantes y solemnes clubes donde caballeros

¹³ La Columna Morris pintada por Béraud en esta pequeña obra, de la que existen otras versiones. En el fondo del cuadro, en el 1 de la Rue Laffitte, se aprecia la fachada del edificio donde se encuentra el Restaurante "La Maison Dorée": http://www.aloj.us.es/galba2/BERAUD/Beraud_ColumnaMorris.htm

de etiqueta leen majestuosamente “The Times” mientras un majestuoso “waiter” les sirve ceremoniosamente su copa de Oporto o Jerez, quizás porque su alegre descorchar y sus finas y chispeantes burbujas no condecirían con la gravedad del lugar. Me parece poco adecuada la figura de esos “waiters” con la de alguien que lo descorcha y sirve. De todos modos, es interesante que recuerde que no lo mencionan las obras de Sherlock Holmes, que no dejan de citar las solemnes comidas de las casas inglesas, y sus desayunos y té que imaginamos servidos con exquisita pastelería y hermosa porcelana también inglesa, decorada con flores o, escenas de caza, en rosa o azul.

En el Moulin Rouge no puede dejar de haber caballeros ingleses entre el público, que han llegado para obtener la diversión que no tienen en su patria.

Pues ese tipo de diversión, con su dosis de escándalo, no existía en el Londres ceremonioso, misterioso y severo, aunque pleno de una elegancia que respondía a este carácter, sino en lugares más propios de las clases bajas, y no ciertamente adecuados para caballeros educados en Oxford o Cambridge, aunque estos desde ya solían concurrir a ellos de incógnito.

Y en esa noche del Moulin Rouge, reconstruída para el cine, veríamos que un cuadro representa a la Emperatriz Catalina II de Rusia, “en homenaje al tratado entre Francia y Rusia” Aquí ya aparece el subterráneo inicio que llevará a toda esta época, con sus

valores a una destrucción total que podemos iniciar aquel aciago 28 de junio de 1914. Fue en la oriental Sarajevo, con la imagen de su panorama sembrado de cúpulas y alminares de mezquitas, y con muecines llamando cinco veces al día a la oración con su extraño y melodioso canto, aunque ya en manos del Imperio Austro Húngaro, primero ocupada desde 1878, y en 1908, incorporada definitivamente al Imperio. Allí, un nacionalista serbio asesinó al príncipe heredero del Imperio, el Archiduque Rodolfo de Habsburgo y a su esposa, y ello terminó siendo el pretexto que desencadenó la guerra y el fin de esa época.

Y no parece casual la elección de Catalina II. Además de representar los mejores valores de la Ilustración, como modelo de “déspota ilustrada”, cuya guía era la razón, no dejaba de tener otro rostro, muy conforme con el París de la “*belle Epoque*” debido a su ninfomanía, que satisfacía con los oficiales de su guardia, que le respondían ciegamente.

Y luego llega el grandioso final de esa noche. Los mozos retiran las mesas a un lado, y pronto se inicia la locura, el delirio, el desenfreno, el escándalo. Como bacantes presas de sagrado “*furor bacchicus*” aparecen las bailarinas, que llegan a saltar desde los palcos a la platea, mientras cunde el desenfreno.

Es un cuadro dionisiaco, carnavalesco y vital, que ayuda a querer la vida, no a sentir repugnancia por ella.



Cartel publicitario¹⁴ del film de Metro-Goldwyn-Mayer en 1952 con José Ferrer y Zsa Zsa Gabor¹⁵, que recrea el “Moulin Rouge”

Visten con la rigurosa moda de la época: sus faldas llegan a los tobillos. Sus mangas, se cierran en sus muñecas, con finos volados bordados, lo mismo sus cuellos. Pero las levantan al ritmo del baile, en lo que para la imaginación de muchos es un obsceno gesto, con sus piernas con acrobático movimiento, mostrando sus medias, sus ligas, y los volados y bordados de su ropa interior. Y una, en un momento, realizará el gesto supremo del escándalo, la transgresión, la audacia y el sarcasmo, girará su cuerpo, se agachará y mostrará su trasero. Pero, aunque lo único que muestre sean sus calzones

¹⁴ <http://www.cecilgoitia.com.ar/moulin-henry.jpg>

¹⁵ <http://www.imdb.com/media/rm3188432384/tt0044926>

terminados en primorosos volados, y puntillas bordadas, su “obsceno gesto”, producirá en algunas damas, el escándalo, y en los caballeros elegantes y de grandes y retorcidos bigotes, algún gesto de diversión, y podemos suponer el secreto deleite de los caballeros ingleses que han ido a buscar todo eso en París, entre copa y copa de Champagne. Así es el can can, muestra de audacia y desenfado, de acrobacia y de fina ropa interior femenina.



Frente del Moulin Rouge ¹⁶

¹⁶ http://www.cecilgoitia.com.ar/moulin_rouge.htm



Cartel publicitario del Moulin Rouge por Toulouse Lautrec ¹⁷

¹⁷ Moulin Rouge: La Goulue, 1891. Henri de Toulouse-Lautrec (1864–1901). <http://www.metmuseum.org/toah/works-of-art/32.88.12>

Pero desde ya, existían subterráneas amenazas a ese mundo.

Una era el nacionalismo que envenenó Europa después del episodio de la Commune de París, de marzo a mayo de 1871, para hacer frente a la creciente pauperización de grandes sectores de la población por efecto de las nuevas condiciones económicas, y que también se advierte en Argentina ya desde 1890, y luego con mayor intensidad en la “educación patriótica de la presidencia de Ramos Mejía en el Consejo Nacional de Educación alrededor de 1910, y aun persiste en los rituales escolares. Fue la ideología que ayudó eficazmente a sumir a Europa y al mundo en la gran tragedia de 1914 y sus consecuencias, pese a que externamente, Europa vivía en la “*belle époque*”, pues los pueblos en un principio, fueron alegremente a la guerra, creyendo que duraría unos pocos meses, y no mas de cuatro años, sin saber que provocaría el derrumbe de todo ese mundo.

El nacionalismo había evolucionado, de la idea romántica de la búsqueda de una común identidad y tradiciones, a la de que cada pueblo o nación debía constituir un estado, y que ese estado debía ser superior a los demás, costase lo que costase. El individuo, estaba totalmente subordinado a ese estado, que representaba a la nación, y debía morir y ser sacrificado a él. Era la base de los totalitarismos que vinieron luego de ese derrumbe, y excitaba al militarismo mas extremo. Ese nacionalismo, tenía gran importancia aunque parezca mentira, dado el carácter que hemos visto del París

de entonces e influía en su exacerbación la guerra perdida de 1870, y la entrega a Alemania de Alsacia y Lorena, que se quería reintegrar a Francia. Y los serbios, en otra muestra de la intransigencia del nacionalismo, cuna de los futuros totalitarismos, querían unir a eslavos que hablaban casi su mismo idioma, pero que eran pueblos de una cultura y personalidad totalmente diferentes, que estaban bajo el Imperio Austro Húngaro.

Pero además, había otra causa, que sabía medrar con los nacionalismos. Esta era el prodigioso crecimiento económico alemán, que amenazaba el activo comercio internacional y las industrias inglesas. Inglaterra monopolizaba ese comercio, que se hacía preferentemente por el mar. Ese monopolio no era sin embargo, nocivo. Había permitido un gran desarrollo en el comercio marítimo e internacional, que se podía desenvolver con gran seguridad, pues la piratería había sido anulada, y el monopolio de los seguros marítimos, proporcionaba una gran confianza. Esa gran libertad, era necesaria a Inglaterra, que había advertido ya en el siglo XVII y XVIII que toda su grandeza y poder, residía en el control de los mares, y del comercio marítimo, y todos sus gobernantes se esforzaban cualquiera fuese su signo, en acrecentarlo y mantenerlo. No en vano, desde 1740, además del himno ingles oficial, el “*God save the King (Queen)*” existía otro, mas popular, que reza “*rule, Britannia, Britannia rule the*

waves”¹⁸ que compusiera James Thompson con música de Thomas Arne, y muestra del barroco musical inglés, y que es más afín al nacionalismo inglés que el “*God save the Queen*”.

Así, habían tratado de apoderarse de cuanto paso marítimo existiera: Gibraltar, Aden, ocupación de Egipto, Sudáfrica, y hasta las remotas Malvinas, que facilitaban el acceso y control del estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos. Su flota era la mayor del mundo, y prácticamente controlaba ya todos los mares, haciendo realidad ese himno.

Pero desde aquellos 1870, había aparecido un país, otrora hermosa tierra de reyes, príncipes y princesas, cuentos de hadas, y hermosos juguetes para los niños. Era el Imperio Alemán, unificado por la acción de un estado nuevo dentro del concierto germánico, pero impregnado de militarismo: Prusia. Su industria, su cultura, sus universidades hacían temer ese predominio. Y para colmo, hasta amenazaba a Inglaterra con disputarle ese control del comercio mundial, que aclaramos, con todo se desarrollaba con gran libertad.

Pues hacía los años 1883 a 1889 el ferrocarril, un invento inglés ya generalizado, había logrado que pudiera hacerse realidad un viaje legendario. Podía viajar, por tren, desde Londres, París y Viena, y desde ya desde Berlín, y Viena, hasta la lejana exótica y romántica Estambul, en medio del lujo que aquella época sabía

¹⁸ ¡ Domina, Britania, Britania, gobierna, rige a las olas!

proporcionar. Era el legendario Expreso de Oriente, que cesó en 1977 y se recreó, aunque solo entre Paris y Viena entre 2001 y 2009 para deleite de los que pudiesen costearlo.

Y, desde 1878, Alemania había iniciado una fuerte penetración en el decadente Imperio Otomano, al punto que su ejército estaba instruido por alemanes prusianos. Soldados con el típico y exótico fez, saludaban y desfilaban como en aquel Berlín del Kaiser... Y a poco mas de 1500 metros de la estación terminal, del otro lado del estrecho, ya en Asia, se había iniciado otra vía ferroviaria, financiada con capitales alemanes, que habría de llegar a Bagdad, la ciudad de las Mil y una Noches, y al Golfo Pérsico, financiada con capitales alemanes. Un puente o un servicio de ferrocarril, permitiría enlazar ambos trayectos, y desde Bagdad se llegaría al Golfo Pérsico. Un viaje que haría que Hamburgo y Berlín llegasen hasta allí en solo 7 u 8 días, lo cual preocupaba a Inglaterra, que buscó participar en esa obra, pero no pudo. Obra que recién se terminó, por las dificultades que provocó la guerra de 1914, casi al comienzo de la segunda, hacia 1939 o 40.

Y para colmo, desde 1904, el Imperio Ruso había construido el Ferrocarril Transiberiano, que unía Moscu con Vladivostok y Pekin, lo cual acentuaba esa amenaza de que el comercio marítimo disminuiría su importancia, en grave perjuicio para los intereses británicos. Inglaterra supo jugar muy bien con los nacionalismos, para debilitar a Alemania. Una alianza entre Francia y Rusia,

pondría a Alemania entre dos fuegos. Francia quería la revancha por 1870, y Alsacia y Lorena.

Rusia ambicionaba el control de Estambul para tener una salida del Mar Negro al Mediterráneo para sus buques de guerra, y también buscaba dominar a los pueblos eslavos de los Balcanes, e Inglaterra sutilmente buscó que esas alianzas se concretaran. Y hasta puede pensarse, que la amenaza rusa, la veía más lejana. Y una guerra contra Alemania, la debilitaría y en el futuro, su amenaza sería más fácil de conjurar...

Y cuando una mano criminal asesinó al Archiduque, se dio el extraño caso que una monarquía casi absoluta y tradicional como la de los zares, saliese en defensa de un país “terrorista”, Serbia, cuyo gobierno había tenido mucho que ver con ese atentado, movilizándolo su ejército contra Austria–Hungría y su aliado Alemania, lo que originó la guerra entre ellos, seguida de Francia, por esa alianza cuyo objetivo no era otro que buscar la destrucción de un peligroso competidor. Fácil le fue luego a Inglaterra, que había movido sutilmente los hilos de esas alianzas contra Alemania, intervenir en la guerra pretextando la invasión alemana a Bélgica, por “violación a su neutralidad”, neutralidad que, se sabía, hubiesen violado tanto Francia como Inglaterra si Alemania no se hubiese adelantado.

Esa terrible guerra tuvo, sin duda, efectos no deseados. Por ejemplo, el zar que prácticamente la había iniciado, fue asesinado

con toda su familia en 1918, por los revolucionarios bolcheviques que tuvieron un camino facilitado para actuar, debido a las penurias que la guerra provocaba para el pueblo, y a la dificultad que sufría Alemania de tener que luchar en dos frentes. Es sabido que los alemanes enviaron a Lenin y otros a Rusia, desde Suiza, para que encabezara la revolución bolchevique, confiando que estos retirarían a Rusia de la guerra, como finalmente sucedió aunque tarde para ellos. Y desde ya, poderosos banqueros de los Estados Unidos, habían enviado, a su vez a Trotzky, aunque con otros propósitos afines a que estos hicieran negocios con ellos; confirmando que los grandes capitales monopólicos, se encuentran muy a gusto en los regímenes totalitarios, como hoy sucede con China, y otros países asiáticos, que son siempre objeto de grandes elogios por la prensa económica.

La República Argentina se caracterizó siempre por la aparición tardía de fenómenos propios de Europa. Por su cultura, sus vínculos, y su carácter de país periférico, la "Belle Epoque" persistió aun hasta la Gran Crisis de 1929-1930, producto de esa guerra.

Si tardíamente aparecen esos fenómenos, estos pueden persistir aun después que en Europa hayan desaparecido. Tuvimos fascismo desde 1943, y no creo que hayan desaparecido del todo sus efectos, pese a los grandes cambios que ha habido desde entonces.

Así como a la “*belle époque*” la barrió la guerra de 1914, así la Gran Crisis de 1929 y el golpe de estado del 6 de septiembre de 1930 barrieron con las posibilidades de un progreso argentino. Cayeron los valores, cayó la confianza y el optimismo. Vino el mundo del totalitarismo, del autoritarismo seudodemocrático, que se incubaba, larvado en aquel mundo con la aparición del nacionalismo, ese veneno de la humanidad, con sus nuevos cultos a los símbolos del estado, la bandera, el himno, con su militarización de la escuela y de la sociedad, con su servicio militar obligatorio, tomado de la Revolución Francesa y de la autoritaria Prusia.

Y la Gran Crisis de 1929, producto de esa Primer Guerra, como lo sería también la Segunda hizo perder inclusive valores que se creían muy firmes, como el ahorro, dado que lord Keynes famoso economista inglés ante esa crisis que no tenía fin, sibilamente llegó a sostener que era una práctica antisocial, y que debía derrocharse, penalizándolo con la inflación, para que la sociedad lo gastara todo y así nadie se preocupase de su futuro. La inflación y el envilecimiento de la moneda fueron desde entonces, la base de la economía, y la técnica del doble discurso, consagrado definitivamente, hizo que se denostara a la inflación, mientras se recurría a ella, y se la denosta para hacer que sus consecuencias, las paguen los sectores con poca capacidad para perjudicar con medidas de fuerza a otros, en una sociedad que ha perdido todos los vínculos de solidaridad y que debe interpretarse como una reunión

de personas en lucha permanente de todos contra todos. Practicando esto con entusiasmo, hemos llegado al endeudamiento general, y a la situación que tantos países viven hoy, con su autonomía perdida en manos de organismos internacionales y economistas que los secundan y que imponen condiciones tiránicas a los pueblos.

Esto no fue vislumbrado por los alegres concurrentes al Moulin Rouge, ni siquiera cuando en 1895 Dreyfus, un capitán del ejército francés fue falsamente acusado de entregar información a Alemania. El delirio nacionalista que allí estalló, presagiaba un final trágico, lo mismo que la futura guerra italo turca de 1911 y las balcánicas de 1912.

En abril de 1912, el hundimiento del “*Titanic*” tiene un trágico parecido con el fin de esta época, y pareciera anunciarlo. Pero al menos aquí, hubo quienes esperaron la muerte vestidos de etiqueta en el lujoso salón de la primera clase, para hundirse como caballeros, mientras se dice que la orquesta tocaba los vales de Strauss y no debieron perecer –llenos de piojos- en el barro y la suciedad de las trincheras.

Tampoco lo supieron ver nuestros mayores, en aquellos felices días que corresponden a la presidencia del doctor Alvear, pese a que bien pronto asistirían al fin de una época de esperanzas para el país, que se creía destinado a ocupar por su cultura, y su situación económica, un lugar importante dentro de las naciones del mundo.

